

**Pier Paolo Pasolini**  
**La divina mimesis**



*La Divina Mimesis*: doy a la imprenta hoy estas páginas como un «documento», pero también para fastidiar a mis «enemigos»: en efecto, ofreciéndoles una razón más para despreciarme, les ofrezco una razón más para irse al Infierno.

## Índice de contenido

Cubierta

La divina mimesis

Prólogo

La divina mimesis

Los primeros 2 cantos de la «Divina Mimesis»

Canto I

Canto II

Apuntes y fragmentos para el III canto

Apuntes y fragmentos para el IV canto

Apuntes y fragmentos para el VII canto

Nota núm. 1

Nota núm. 2

Para una «Nota del editor»

Otros 3 apuntes para el VII canto

Iconografía amarillenta

Breve añadido extravagante

Sobre el autor

Notas

## *Prólogo*

*La Divina Mimesis*: doy a la imprenta hoy estas páginas como un «documento», pero también para fastidiar a mis «enemigos»: en efecto, ofreciéndoles una razón más para despreciarme, les ofrezco una razón más para irse al Infierno.

*Iconografía amarillenta*: estas páginas quieren tener la lógica, más que de una ilustración, de una «poesía visual» (por lo demás bastante *legible*).

# LA DIVINA MÍMESIS

*Los primeros 2 cantos de la «Divina Mimesis»*

## Canto I

Alrededor de los cuarenta años<sup>[1]</sup>, me di cuenta de que me encontraba en un momento muy oscuro de mi vida. Hiciera lo que hiciera, en la «Selva»<sup>[2]</sup> de la realidad del año 1963, año al que había llegado, absurdamente impreparado para la exclusión de la vida de los otros que representa la repetición de la nuestra, habría una sensación de oscuridad. No diría que de náusea<sup>[3]</sup>, ni de angustia<sup>[4]</sup>: más bien, para decir verdad, en aquella oscuridad había algo terriblemente luminoso: la luz de la vieja verdad, si se quiere, aquella ante la cual no hay nada más que decir.

Oscuridad igual a luz. La luz de aquella mañana de abril (o de mayo, no lo recuerdo bien: en esta «Selva» los meses pasan sin razón y por lo tanto sin nombre), cuando llegué (no se escandalice el lector) ante el cine Espléndid (¿o Esplendor? ¿o Esmeralda?). Estoy seguro de que antes, en cambio, se llamaba Plinius: y era uno de aquellos de los tiempos maravillosos —y yo no lo decía— cuando los meses eran verdaderos, largos meses, y en cada acto mío —aunque fuera arbitrario, pueril o culpable— era claro que estaba haciendo la experiencia de una forma de vida *con el fin de expresarla*). Una luz que los hombres conocen bien, en primavera, cuando aparecen los primeros de sus hijos —los más alegres, los más queridos— con las camisetas de verano, sin chaqueta; y por la Aurelia Nuova los Seiscientos de las familias burguesas de Roma se van silenciosos y ligeros —con los morros bajos como ratas atraídas por sus estupendos olores lejanos— hacia las primeras meriendas en los prados, hacia las eras con sus cercados de cañas y sus

glicinas, hacia abajo, hacia el nebuloso y maculado Apennino...

Una luz feliz y maligna: entre los dos portales del cine, luego que doblé con mi coche desde el largo paseo al que se había reducido la vía Aurelia —Paseo de Gregorio VII, me parece— entre la feria de gasolineras dispersas al sol, y el mercadillo cubierto, el fondo, con sus pequeños cobertizos verdes, he allí abajo algo rojo, muy rojo, un altarcillo de rosas, como los que en los desheredados países umbros, friulanos o abruceses disponen manos fieles de mujeres viejas, viejas como fueron viejas sus viejas, dispuestas a repetirse por los siglos. Un altarcillo tosco, pero a su manera festivo, un apiñarse de rosas rojas que no sabría describir: y, cuando estuve cerca, entre aquellas rosas rojas, descubrí el retrato, doblemente fúnebre, porque era el de un hombre muerto hacía dos días, un héroe suyo; un héroe nuestro. Los ojos a flor de piel, bajo la frente calva (una calvicie llena de dulzura de adolescente fermentado por lo bueno de la vida). La luz estaba allí, para iluminar rosas y retrato y banderas alrededor, tal vez, hacinadas en la humildísima solemnidad popular (¿obra de las mujeres de los militantes de la sección de Forte Boccea? ¿o de los militantes mismos, chóferes o albañiles, con sus grandes manos intimidadas pero inspiradas en aquella obra de rosas?).

Todo esto entre los portales de este cine Espléndido: centelleantes por la noche, ahora empobrecidos por la luz, por esta luz. Miseros portales de vidrio y metal: y aquí está por milésima, por millonésima vez, la opresión del corazón, el enternecimiento, el abatimiento, la lágrima. También la constatación de la miseria del lujo pequeño tenía la capacidad de desgarrarme.

Y ellos estaban allí, esperándome, junto con un viejo senador, con un nuevo candidato a la Cámara: negros y oscuros, como los campesinos que vienen a la ciudad por negocios, y se reúnen todos en una plaza, que negrea, por su solemnidad, en el cegador vacío que el verano inminente

va preparando entre casas y callejuelas. Y los saludos, los apretones de manos, las miradas de entendimiento y expectativa.

Y ahora estaban reunidos allí, en las filas de platea, que, también ella, oprimía el corazón, en aquella luz matutina (la luz de las tiendas, los tejados, los paseos, no de los cines) en aquella sala de nombre espléndido —y que era el espléndido lugar de reunión de su rincón de barrio, en la larga serie de noches en que la vida marcha sin banderas.

Mientras, a todos ellos, a todos nosotros, nos alegraba el hecho que dieciocho nuevos chicos se hubieran apuntado a nuestro partido, después de un mitin del partido gobernante: esa alegría que es como la de los tragos tomados juntos, una alusión al verificarse, fatal, de ciertos hechos cuyo acontecimiento habíamos esperado juntos y seguido juntos, y ahora saludado juntos como un éxito: y aquel éxito me oprimía el corazón.

El corro miraba el centro de sí mismo, excluía al mundo.

(Que andaba allá, fuera, como lo demostraba con claridad evidente la cúpula semiabierta del techo del Espléndido: un azul de seda, apenínico, con aire de mar).

El entarimado de los años cuarenta; las banderas de los años cuarenta; el micrófono de los años cuarenta; todo tambaleante, de manera vieja, de almacén, clavado con cuatro martillazos, y recubierto de pobre tela roja. ¡Que oprimía el corazón!

Oscuridad sobre oscuridad. Yo estaba allí, enfrente a unos obreros: vestidos de fiesta, de oscuro los padres, los hijos con unas camisetas claras —rojo granate, amarillo canario, naranja dorado, que estaban de moda aquel año—; allí estaba la cara del desdentado, diputado en certidumbres como un hincha con su *cucciariello*<sup>[5]</sup>; la nota humorística que hace cotidiana la fe: su sitio está en el centro de la platea, y su silla parece la más alta de todas. Cuando aplaude, con la boca desdentada que se abre en una sonrisa tradicional, es señal de que hay que aplaudir; y alegremente.

El corro mira hacia aquel centro suyo lleno de certidumbre: el mundo está fuera, radiante e indiferente. Y el corazón se desgarra.

Estoy aquí, pues: para enumerar como *único* dato bueno del mundo en que históricamente experimento el hecho de vivir, la existencia de estos obreros (que oprime el corazón).

Ah, no sé decir, exactamente, cuándo ha empezado: tal vez desde siempre. ¿Quién puede fijar el momento en que la razón empieza a dormir, o mejor a desear su propio fin? ¿Quién puede determinar las circunstancias en que empieza a salir, o a volver allá donde no era razón, abandonando el camino que durante tantos años había creído justo, por pasión, por ingenuidad, por *conformismo*?

Pero nada más llegar, en aquel sueño mío fuera de la razón —de corta duración, y tan definitivo para el resto de mi existencia (así al menos lo imagino)— a los pies de una «Colina», en el fondo de aquel terrible «Valle» —que tanto me había llenado el corazón de espanto por la vida y por la poesía— miré a lo alto, y vi allí, en la cima, una luz, una luz (la del viejo sol renacido) que me cegaba: como la de la «vieja verdad», sobre la que no hay nada más que decir. Pero que llena de alegría el hecho de haberla encontrado de nuevo, aunque ella sí, realmente, lleve consigo el final de todo.

A la luz, fatal, de aquella vieja verdad, se me calmó un poco la angustia: que había sido el único sentimiento real durante todo el período de oscuridad, al que mi camino, *¡justo!* me había llevado fatalmente.

Como un náufrago, que sale del mar, y se agarra a una tierra desconocida, que volvía hacia atrás, hacia toda aquella oscuridad, devastada, informe: la fatalidad de nuestro ser, de nuestros caracteres nativos, el miedo de cambiar, el

temor del mundo: del que nadie pudo nunca escapar, poniendo a salvo su propia entereza.

Descansé un poco, no pensé, no viví, no escribí: como un enfermo: después empecé a andar otra vez (es la vieja historia). Hacia arriba por la cuesta desierta, donde verdaderamente podía decir que estaba solo.

Solo, vencido por los enemigos, aburrido superviviente para los amigos, personaje extraño para mí mismo, me arrastraba hacia aquel nuevo absurdo camino, trepando por la cuesta como un niño que ya no tiene casa, como un soldado perdido.

Pero he aquí que en seguida, pocos pasos después de mi solitario y desalentado subir, estaba ella, salida de los escondrijos comunes de mi alma (que con ahínco seguía pensando, para defenderse, para sobrevivir, ¡para volver atrás!), allá estaba la bestia azul y sin escrúpulos, cambiante como un camaleón, de tal modo que sus colores que cambian son siempre los de antes. Los colores externos, en primer lugar: aquellos encontrados al nacer, y objeto en seguida de un afecto tremendo, que de verdad no quiere verlos cambiar. Y después los interiores, a imagen y semejanza — a causa del error de la lealtad infantil y juvenil— de los del mundo. El color de la pureza, sobre todo, de la elevación moral, de la honestidad intelectual, ¡malditos colores pintados por la ilusión!

Así, la «Onza» (en la que, en seguida, me reconocí sin dificultad), con todos aquellos colores que le manchaban la piel, no se apartaba de mis ojos, como una madre-muchacho, como una iglesia-muchacho. Es más, con una fuerza terrible —la de la verdad, la de la necesidad de la vida— me impedía seguir por mi nuevo camino —escogido no por voluntad mía, sino por falta de cualquier voluntad— y en el cual no hay ninguna necesidad de mixtificación, porque se está *solo*. Y yo, mixtificador, es más, sutilísimo caso de mix-

tificación, a causa de mi despilfarro de sinceridad honestamente querida, más de una vez he estado a punto de rendirme y de volver atrás al prepotente, al estúpido, al vulgar mundo apenas abandonado.

Pero he aquí que se adelanta, junto la «Onza», el sueño y la ferocidad reunidos bajo una única forma de «León»: que, aunque pelado, hediondo de establo bestial, perezoso, cobarde, prepotente, estúpido, desprovisto de cualquier interés que no fuera holgazanear, él solo, y devorar, él solo, tenía, a pesar de todo, la potencia del que no conoce el mal, siendo por su naturaleza bien aquello en que él mismo enteramente consiste. De su ser sueño y ferocidad, egoísmo y hambre rabiosa, el «León» sacaba una inspiración de vivir que lo distinguía, con violencia hasta brutal, del mundo exterior. El cual le hospedaba casi temblando.

La idea de sí es sinrazón: y cuando se expresa destruye la realidad, porque la devora.

Además el saber devorar da una seguridad por la que es difícil abstenerse de utilizarlo: abstenerse de entrar en el mundo por medio de tal ciencia, y de instalarse en él, como un rey, prepotente poeta. Aunque sólo en parte, también en aquel «León» me reconocí, como en un desproporcionado signo premonitorio.

Pero tenía que reconocermé aún en algo peor. Desde el silencio en que se está —determinación incontrolable o fenómeno que poco a poco se forma, fuera de los obstinados e ingenuos retratos que el hijo durante toda su vida ofrece de sí mismo— salió una «Loba», que se colocó al lado de las otras dos bestias. Sus rasgos estaban desfigurados por una mística flaqueza, la boca chupada por los besos y los actos impuros, pómulo y mandíbula alejados uno de otra: el pómulo arriba, hacia el ojo, la mandíbula abajo, sobre la piel reseca del cuello. Y entre uno y otra una cavidad oblonga, que hace salir la barbilla casi en punta: ridículo como toda máscara de la muerte.

Y el ojo seco como un espasmo; tanto más abyecto cuanto más parecido a los espasmos de los santos: una aridez alucinada, que allí donde posa su luz parece pegarse como cola que gotea de la pupila redondeada, ahora demasiado directa, ahora huidiza; y en medio la nariz, abultada en su piel y sus agujeros, sobre el labio superior casi desaparecido, por consunción: la nariz humana de la bestia que hace de sí misma conejo de Indias de sus propios apetitos, que son, al cangrenarse, cada vez más naturales.

Aquella «Loba» me daba miedo: no por la degradación que representaba, sino por el simple hecho de ser una aparición, casi objetiva: la definición de uno mismo, un «ecce homo», por así decirlo, de cuya realidad el conocimiento no puede de ninguna manera evadirse. Su presencia era tan indiscutible que quitaba cualquier esperanza de poder llegar alguna vez hasta aquella cima misteriosa que veía ante mí, en el silencio. Me había puesto en camino tan de buena gana —estéril, sin vivir, sin escribir, y sin embargo, precisamente por la falta de todo lo que no fuera «abominación de la desolación», presa de una nueva forma de vitalidad— que ahora, el deber acreditar en presencia de aquella bestia sin paz una fuerza insuperable— me provocaba una angustia que me volvía impotente. Me rechazaba atrás la tentación de volver allí donde no se exige, en el fondo, más que callar.

Y mientras me derrumbaba hacia abajo, justamente por mi antigua victoria sobre un mundo al que pertenecía sin ninguna razón para considerarme más alto, desprovisto ya de la autoridad de la poesía, y reducido a la ignorancia por las largas asiduidades obscurantistas, prácticas y místicas, he aquí que se me apareció una figura, amarillenta por el silencio, en la que una vez más tenía que reconocerme.

En cuanto la divisé —en medio de toda aquella soledad, de aquel olvidadero, al que había quedado reducido

— grité: «Piedad, por favor», como en los sueños, cuando toda dignidad se pierde, y quien tiene que llorar, llora, quien tiene que pedir piedad, pide piedad. «¡Mira en qué estado me encuentro, mira, aunque no sé si eres una supervivencia o una nueva realidad!»

«Ah —dijo, mirándome con una sutil pero innatural sonrisa en sus ojos hechos para ser serios— tienes razón, soy una sombra, una supervivencia... Estoy amarilleando poco a poco en los Años Cincuenta del mundo, o, mejor dicho, de Italia...» Y aquí volvió a sonreír, irónico, ligeramente neurótico: pues la única luz posible de sus ojos eran la seriedad o la pasión: ojos tibios y castaños bajo el pómulos pronunciado, la mejilla delgada e infantil, la boca con su fea sonrisa llena de dulzura: estirada por la mueca de embarazo de quien tiene que hacerse perdonar una antigua culpa. Así, con aquella sonrisa que le desfiguraba, se parecía un poco a un pobre bandido astroso y sucio. Y dijo: «Soy del Norte: en Friuli nació mi madre, en Romaña mi padre; viví mucho tiempo en Bolonia, y en otras ciudades y pueblos del valle del Po, como está escrito en las solapas de aquellos libros *de los Años Cincuenta, que se van poniendo amarillos conmigo...*» Y aquí tuvo otra sonrisa de desdentado, aunque no le faltara ningún diente. Pero cuando la sonrisa dejó, bien o mal, de estirarle los labios sobre la sombra de las extremidades hundidas del arco amarillento de los dientes, un aire de ingenua nobleza le invadió todo el rostro.

«He nacido bajo el fascismo, aunque era todavía casi un niño cuando cayó. Y viví después mucho tiempo en Roma, donde, por lo demás, el fascismo seguía con otro nombre: mientras la cultura de la burguesía exquisita no daba señales de ponerse, yendo pareja (¿se dice así?) de la ignorancia de las inmensas masas de la pequeña burguesía...» Sonrió, sonrió una vez más, como un culpable, como si quisiera atenuar lo que había dicho, o quisiera disculparse por

la genericidad a la que había sido obligado por las circunstancias, o incluso por su angustia.

«Fui poeta —añadió, con rapidez, como si ahora quisiera dictar su propia lápida—, canté la escisión de la conciencia, de quien ha huido de su ciudad destruida, y va hacia una ciudad que aún tiene que construirse. Y en el dolor de la destrucción mezclado con la esperanza de la fundación, agota oscuramente su mandato...» Me miró un momento, como se mira ya no a una víctima a la que hay que ayudar, sino a un alumno, o a un entrevistador. «Por eso —añadió— estoy destinado a ponerme amarillo tan precozmente: porque la llaga de una duda, el dolor de una laceración, se transforman pronto en males privados, de los que los otros justamente se desinteresan. Y además... cada uno tiene un momento solo, en la vida...»

Tuvo una gota, todavía, de sonrisa maliciosa y dolorida en el ojo incapaz de sonreír, luego, con aire amistoso, añadió: «Pero tú, ¿por qué quieres volver atrás, entre aquella degradación? ¿Por qué no sigues subiendo por aquí arriba, solo, como es tu destino estarlo, y lo estás?»

Le miré. Tanta amabilidad, tanto deseo de prestarse y ponerse a disposición, en aquella situación, me animaba. Mi socorredor era mísero, diminuto: no era ni padre, ni hermano mayor, no tenía la majestad consoladora de quien representa la autoridad; todo lo más podía ser un guía de montaña. Pero, ¡cielo santo!, en una circunstancia como aquella, en la que mi vida parecía implicar cielo y tierra, ofreciéndose como una gran fábula edificante, hasta una experiencia del más allá, una ascensión por las laderas místicas con una paradisíaca luz de sol —como ocurre a los santos cuando ya son personajes de sus canciones sagradas—, en una circunstancia como aquella, ¡podía haberme ocurrido un encuentro un poco mejor, o, por lo menos, más novelesco! Todo estaba dispuesto para esto, me parecía: todo hacía presuponer un gran guía, surgido por los caminos de lo necesario, con el resplandor de la poesía, desde